

Mentiras

Juan Carlos Fernández

www.juancarlosfernandez.es



Con frecuencia escuchamos en los medios de comunicación que estamos rodeados de emisores de lo que han dado en llamar fake news, o como rayos se diga. Para entendernos mejor: expendedores de bulos, trolas... Que estamos cuajados de mentirosos, ea, para qué andarnos con rodeos. Gentes sin escrúpulos que utilizando los modernos medios que la tecnología informática pone al alcance de todos maquinan lo que sea necesario con objetivos espurios. Vamos, que si andamos por Internet tenemos que ir con más ojos que Argos Panoptes si no queremos que nos cuelen por toda la escuadra la manipulación del día.

Lo que pasa es que, ante la inmensa cantidad de información que circula por los circuitos digitales, es muy difícil cribar. Ya es complicado en ocasiones distinguir entre la mera información y la opinión. Hasta avezados lectores de periódicos pueden sucumbir en la trampa. Pero ahora, con el aluvión de publicaciones procedentes de periódicos de toda la vida, presentes en el Internet, y de otros creados ex profeso; con las redes sociales escupiendo dimes y diretes sin descanso y con los «guasas» a todo meter, quizá por aburrimiento, quizá por desistimiento del sentido crítico (si es que se tiene) nos traguemos alguna patraña más o menos elaborada y, lo que es peor, contribuyamos a difundirla entre nuestros contactos y amistades, convirtiéndonos en cómplices necesarios del embuste.

Hasta tal punto se ha sofisticado el asunto que en Rusia hay empresas especializadas en el libelo digital, y se les atribuye (evidentemente, en Moscú niegan la mayor) la capacidad de hasta influir en la elección del presidente de los Estados Unidos. Hemos elevado el antiguo anónimo calumnioso al vertiginoso espacio virtual. Hemos perfeccionado los mentideros locales (que siguen existiendo, no faltaría más) para hacerlos

más efectivos. Hemos dado al «lo sé de buena tinta» la categoría de acta notarial puesto que en la Red se pueden dar al rumor formas solemnes, incluso con falsificaciones documentales más o menos elaboradas.

«La primera de todas las fuerzas que mueven el mundo es la mentira», sentenció Jean-François Revel. Deberíamos ponernos en prevención, porque la cosa tiene tela. Las pulsiones totalitarias siempre han precisado de la propaganda. Y de la agitación, en muchos casos, y no quiero señalar. Orwell imaginó una sociedad en la que existía el Ministerio de la Verdad, cuyas competencias, evidentemente, consistían en elaborar las mentiras. O la Mentira, con mayúsculas. En España, durante el régimen del general Franco, existió el Ministerio de Información y Turismo, que tenía más que ver con la primera parte de su enunciado que con la segunda, aunque en ambas competencias fue notable su despliegue funcional. En 1936, bajo el gobierno del Frente Popular, en esa República que algunos consideran ejemplar e idílica, alguien difundió un bulo maligno: unas monjas habían envenenado a varios niños con caramelos: como consecuencia ardiéron algunas iglesias, creo recordar.

¿Lo ven? La tentación de la mentira está siempre presente. El arma de destrucción masiva más dañina no es la bomba de hidrógeno, no. Es la manipulación desvergonzada de la verdad, que nos convierte, día a día, en esclavos de los adulteradores de la realidad. Si para ello hay que emplear un «neolenguaje» (vuelvo a Orwell), se hace: al fin y al cabo, si no me equivoco, creo que fue Stalin quien dijo que el diccionario era un arma formidable, o algo así. Y ahora, en la modernidad de modernidades, nosotros mismos, los ciudadanos de a pie, nos apresuramos a convertirnos en ejecutores y víctimas de la mentira cuando difundimos sin ton ni son todo lo que circula por ahí: ejecutores, porque colaboramos al daño; víctimas, porque nos degradamos intelectualmente sin remedio.

No me resisto a ponerles un par de citas más. El Brocense dejó dicho que «La verdad está oculta, pero nada hay más valioso que la verdad». Termino: «La verdad os hará libres». Lo dijo, ni más ni menos, Jesucristo, y yo lo creo. Pues eso, ahí está la clave, ¿verdad? Por eso la verdad es tan perseguida. Me parece.